

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO I
13 de Octubre de 1888.
NÚMERO 2.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Clarín dijo, no recordamos bien dónde ni las palabras con que lo dijo, que si Alarcón no era el primero de nuestros novelistas, era seguramente el segundo.

De cosecha propia, diremos aquí que Alarcón es, sin disputa, el novelador que mejor cuenta. De toda su obra se deduce este juicio, que confirman *Novelas cortas*, las *Cosas que fueron*, *La Alpujarra*, *El Sombrero de tres picos* y *El final de Norma*.

Alarcón no es viejo; nació en Guadix el año 1833, y no escribe ya hace mucho tiempo; es más, ha dicho que no volverá á escribir.

Hace mucha falta una ley (¡aquí donde hay tantas!) que diga:

«Artículo único. Los ingenios de verdad (hay viles falsificadores) como (aquí los nombres, muy pocos), están obligados á hacer un tomo cada semestre.»

Y exigir á Alarcón el cumplimiento de la ley.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.





DIARIO CÓMICO

Día 6 de Octubre.

A las cuatro en punto de la tarde, con viento fresco y algo de llovizna, sale á la calle el primer número de la Revista semanal titulada LOS MADRILES.

Los vendedores no tienen manos para vender *idem*, la edición se agota en breves horas, las felicitaciones nos abruma, y nosotros, agradeciéndolas profundamente, procuraremos por todos los medios imaginables corresponder á la cariñosa acogida que el público nos ha dispensado.

Conque, gracias por todo, y adelante.

Estamos á 7.

En esta fecha le dan un timo morrocotudo á una de nuestras actrices más aplaudidas.

Compra una papeleta de empeño, creyendo que se trata de una *rivière* de brillantes, y le resulta luego una sarta de piedras falsas.

La pobre señora ha puesto el grito en el cielo.

La engañaron al darla el *papel*.

Y ya le ha ocurrido varias veces equivocarse en eso de los papeles, tomando algun ocreyendo obtener un éxito, y resultarle después una grita.

Hay diferencia, sin embargo.

Entonces gritaba el público.

Ahora la que grita es ella.

¡Cualquiera la hace aceptar desde hoy ningún papel, sin previo examen y concienzudo estudio!

¡Buena falta hace que estudien las actrices!

Y no lo digo por la timada, precisamente.

¡Libreme Dios!



8 del mismo mes.

Y año.

Un chulo y su congénere se dan de *morrás* en la calle del Tribulete.

Conducidos á la prevención, resulta que la causa del *disgusto* es porque ella no quiere vivir más tiempo con él.

Porque no es su marido, *ni cosa que lo valga*, como ella dice.

El juez municipal da la razón á la *barbiana*, y amonesta al caballero para que en lo sucesivo se abstenga de ciertas manifestaciones.

Al salir del Juzgado se acerca á ella una amiga, y la pregunta:

— Oye tú. ¿De veras quieres tronar con Indalecio?

— ¡Digo! Figúrate que cada vez que me cogía en un renuncio, me daba una paliza!

— ¡Pues te hubiera muerto en cuatro días!

— ¡Calcula tú!



Llegamos al día 9.

Martes.

— ¡Si la política no nos estuviese vedada y pudiéramos hablar

de todo, en *general*, hoy sería un gran día para nosotros!

¡Daban unas noticias por ahí!

Pero... ¡cál! Solamente el pensarlo sería una locura.

Non raggionam di lor.

Estreno en el teatro de la Comedia de *Los burgueses de Pontarcy*.

La obra de Sardou...

Se nos olvidaba que tampoco esto es de nuestra incumbencia.

¡Al de *tanda* con los estrenos!

Y díganme ustedes ahora: ¿sobre qué voy á escribir para llenar esta crónica?...

Afortunadamente, digo no, desgraciadamente, se ha roto hoy una de las cañerías matrices del Canal de Lozoya.

Hemos estado expuestos á quedarnos sin agua en Madrid.

Gracias á que el señor Gobernador, los diputados provinciales, el Alcalde primero, el Ayuntamiento en pleno, todos, en fin, como si se tratase de una corrida de Beneficencia, acudieron al lugar del siniestro, y con sus acertadas medidas conjuraron el peligro que nos amenazaba, evitando una espantosa sequía.

También acudió el señor ministro de la Gobernación.

Y suponemos que, tratándose de un conflicto acuático, también daría su vueltecita por allí el simpático Zozaya, en su calidad de jefe de los mangueros.

¡Vaya!



AL EDITOR MUSICAL
Y EMINENTE
BARRENDERO

Para el día 10 estaba anunciada la reapertura de Eslava, y...

Yo no sé qué sucedió, pero alguien dice que vió la rotura de unos tubos, y sacar el agua á cubos, y que la función se agüó.

No fué la prueba feliz, y todo el mundo decía: "¡Culpa de la cañería!", ¡Vamos, alguna matriz, como lo del otro día!

Celebraremos que se arregle eso cuanto antes.

Y que se cuenten los estrenos por éxitos...

¡Me parece que mejores deseos!

Ahora, allá ustedes.



Apertura del Circo de Price el día 11.

Local profusamente alumbrado, butacas magníficas, compañía notable, precios económicos, el maestro Cereceda empresario director...

¿Quieren ustedes más gollerías?...

El día de la prueba del



alumbrado, un distinguido miembro de la comisión técnica de teatros decía á la Compañía reunida en el escenario:

—Conque á ver si hacemos una buena temporada. Elementos no faltan; aquí todo el mundo pondrá algo de su parte para el éxito. Los autores darán obras, la sastrería trajes, los pintores decorado, el público dinero...

—Y usted, ¿qué nos dará? preguntó una segunda tiple, muy guapa, por cierto.

—¿Yo? ¡La autorización!

Hoy en pleno reñese el Consejo
del Monte de Piedad.
¡Quiera el cielo que no hagan los señores
alguna atrocidad!

Viernes 12.

Hoy se han amotinado
las verduleras,
y hubo voces, y gritos,
y hasta carreras.
Todo ello, nada.
¡Cosas de la plazuela
de la Cebada!

E. NAVARRO GONZALVO.

PENAS DE MUJER

SONETO

Brotó un suspiro de sus labios rojos,
suspiro de tristeza y desencanto
arrancado á las dudas y al espanto
por el fiero huracán de sus enojos.

De una honda agitación como despojos,
recogió en un pañuelo su quebranto,
las brilladoras lágrimas que el llanto
hizo brotar del cielo de sus ojos.

Dejó el lienzo caer; de sus deslices
siguió en la sombra el agitado vuelo
sin hallar calma, sin tener consuelo;

mas pronto, recordando horas felices,
levantó de la alfombra su pañuelo...
y se limpió, riendo, las narices.

JOAQUÍN DICENTA



LA CITA



OR fin un día, tras una disputa muy ágría con su marido, enojada por cierta frase que le pareció despreciativa, prometió que iría. ¡Habían sido tales y tantas las súplicas y ruegos de aquel hombre! ¡Tan enérgico el contraste con el desamor y el abandono en que su esposo la iba dejando!—«Mañana á las diez, dijo al importuno que venía asediándola; pero nada más que entrar y salir, unos minutos... con la condición de que tendrá usted juicio... y nada de locuras.»—Después pasó la noche hostigada por el recuerdo de la imprudencia que iba á cometer,

pero aún más atormentada al hacer memoria del desabrimiento y aspereza con que su esposo la trató.—«No, no llegaré hasta lo irremediable—pensaba al tiempo de acostarse;—y si llegase, bien empleado le estaría.»

El encargó que le despertasen temprano; durmió mal, madrugó, y se vistió casi como para visita de cumplido.

Sobre la chimenea del despacho colocó dos jarrones llenos de flores; y en seguida, por si aquella también era curiosa y le revolvía los papeles como habían hecho otras, escondió varias cartas en una sombrerera vieja, arrojándola encima de un armario, y además quitó de la vista dos retratos de antiguas conocidas y otro de una cómica fotografiada en ademán provocativo sin más traje que unas mallas en las piernas y un tonelete que no llegaba media cuarta por bajo de la cintura. En un veladorcito puso un sortijero con alfileres, horquillas, agujas, imperdibles, un gran frasco de agua de Colonia sin destapar, con su caperuza de pergamino y sus cordones de colores. Pero de allí á poco lo pensó mejor; imaginó que aquello denotaba cierta práctica de libertino á sangre fría, y no dejó sino las flores y el frasco de perfume.

Según las manecillas del reloj iban avanzando lentamente, comenzó á recapacitar si todo estaba dispuesto y en su punto. Nada ni nadie podría turbar su dicha: la portera estaba advertida de que no dejase subir sino á la señora que había de llegar al dar las diez; los criados habían sido por él engañosamente alejados. Comenzó á dar paseos por el cuarto. Llegando hasta la puerta de la esca era aguzaba el oído esforzándose en distinguir y diferenciar los pasos de las gentes que subían... ¡una mujer muy gorda!.. los peldaños crujen... ¡no es ella!; luego un chico que baja de estampía...; después la pausada y ruidosa ascensión del... De pronto sonó un campanillazo, él se fué acercando todavía más hasta la puerta de puntillas, con gran tiento recorrió el ventanillo y por una rendija imperceptible miró, conteniendo la respiración. Era un amigo: la portera se había descuidado. Otro campanillazo, dos más, el último á la desesperada, mucho más fuerte... y el inoportuno bajó lentamente la escalera como quien todavía espera que abran y le llamen.

¡Menos diez! Hasta las flores, mal puestas en los búcaros, caídas y doblados los tallos, parecían cansadas de esperar. Nada interrumpía el silencio. De repente se levantó mirando hacia la alcoba, porque más allá del hueco que la separaba del despacho, se veía la cama cubierta de un rico paño japonés.—«Eso está

mal,» pensó; y desplegando un biombo de telas antiguas, ocultó el lecho, del cual sólo dejó visibles las almohadas blancas, limpiísimas, aún cuadriculadas por los dobleces del planchado. Al pasar ante un espejo, vió su imagen reflejada y sonrió satisfecho, como debió sonreír Dios cuando, después de hecho el mundo, le pareció que estaba bien. La barba sedosa, muy cuidada; el mirar vago, casi triste, como de quien espera una dicha desconfiando lograrla porque no cree merecerla... La alegría, el gozo, serán luego, cuando ella éntre.

Sobre una mesa había varios libros con señales interpoladas entre las hojas, y páginas dobladas para alejar toda idea de ocio y de frivolidad: en un testero de pared, llenando un hueco entre dos cuadros, se veía brillar dos espadas de desafío que hacían pensar en la caballerosidad y el valor: la alfombra no tenía una mota, ni una mancha de ceniza de cigarro; ni un átomo de polvo empañaba los muebles.

¡Menos cinco! Entonces fué al balcón, y apoyada la frente contra el vidrio, miró hacia la calle que enfiaba con el portal, y por donde ella debía venir. Así permaneció un rato, que se le antojó muy largo; mas cuando dirigió de nuevo los ojos al reloj, apenas se habían movido las agujas. En balde intentó distraerse leyendo un periódico; parecía que las letras, mofándose de él, bailaban haciéndole burla. Su imaginación tomó el rumbo que quiso, y comenzó á fingirse la figura de la mujer esperada.—«¡Es tan difícil que una señora sea puntual! ¡Tardan tanto en vestirse!» Con los ojos desmesuradamente abiertos, haciendo abstracción de cuanto le rodeaba, creyó verla engalanándose astutamente para venir á rendírsele... Las ropas interiores son finísimas, están adornadas de estrechas cintas de colores y exhalan delicados aromas; las medias son oscuras, como pide la moda; ya se calza los bien formados pies con pequeños zapatos de taflete; ahora se pone el corsé lleno de vistosos pespuntos, y encima el cuerpo de ligera batista que usan ellas para no ensuciarlo; en seguida el vestido que oculta el nacimiento del pecho y los hermosos brazos desnudos... como acaso él los verá luego; la falda cae resbalando á lo largo de la enagua. Se abrocha de prisa, busca entre varias horquillas un alfiler largo para el manto y se lo prende, dejando que el velo venga á sombrear dulcemente la cara... Los guantes, una pulsera lisa de plata, nada que tenga pedrería... Ya está. Aún falta algo: pudorosa, aun á solas, se vuelve de espaldas á la puerta y se estira una media.

El reloj marca las diez en punto: por fin su máquina produce un quejido metálico, y el timbre suena pausadamente. ¡Qué intervalo tan largo entre una y otra campanada! Hasta los objetos parece que aguardan impacientes. Comienza de nuevo á pasear, atento el oído hacia la puerta y el entrecejo fruncido por el enojo. Pero no siente la dulce zozobra del amante honrado que espera un bien cierto y legítimo, sino la intranquilidad del vanidoso que teme una derrota. Empieza á desconfiar. Aquellos labios tan encendidos y húmedos, aquel talle de líneas elegantes, aquella gallarda figura toda esbeltez si anda y toda gracia cuando se deja caer sentada echando atrás la gentil cabeza, aquel conjunto de primores no será para él.—«¡No viene! ¿Qué ridículo miedo, qué virtud de última hora se habrá apoderado de ella?» Sus manos estrujan el periódico, que rueda sobre la alfombra hecho una bola.

Un rayo de sol que va poco á poco escurriéndose de las corti-





Chau-chau estaba inconsolable porque se le perdía la cosecha de arroz, hacía diez años;



en cambio Ting-Tong veía sus campos florecientes.



Recibe Ting-Tong una misiva denunciándole la infidelidad de su esposa Pink-Kuip.



Ting-Tong, desesperado, se abre el vientre en cruz en el estéril campo de Chau-chau;



y aquel arroz ventrílocuo crece y se desarrolla espontáneamente, enriqueciendo a Chau-chau.





Es una cosa que irrita
el pintarse de negrita.



—¡Oh, de negra estás muy *chic*!
—Pues ¿y tú con el carrik?



—¡El beso de despedida!
—Pero... ¿te irás?—En seguida.



Tengo que palidecer
ante una rival escuálida...
Yo bien lo quisiera hacer;
¿mas cómo me pongo palida?...



—(¿De qué se reirá el portero?)
—Tiene facha de infeliz!
—(Buena lleva la nariz!
¡Se ha lucido el caballero!)

nas, hasta dar en un espejo, proyecta un reflejo que juguetea sobre un busto de barro cocido, y el sátiro esculpido finge muecas burlonas.

Vuelto otra vez al balcón, apoya la cabeza en la vidriera, que se empaña con el vaho. ¡Allí está! ¡Gracias al diablo!

La ve venir por lo alto de la calle. Viste traje oscuro, corto, bajo el cual asoman los pies, preciosamente calzados, como él los imaginó; las enguantadas manos oprimen un grueso devocionario, sujeto con un elástico rojo, y el tul del velo flota agitado en torno de los cabellos rubios, semejante á una nubecilla negra que pugna por eclipsar una estrella de oro. A cada instante vuelve la cabeza hacia atrás.

El entonces sonríe con orgullo, y lentamente se dirige á la puerta.

Al cruzar el despacho, lo inspecciona por última vez, de una ojeada rápida. Todo está bien. Para ella, la butaca en que descansa su cuerpo, agitado por la emoción y el miedo, ¡quizá por el amor! En el suelo, el almohadón de felpa, bordado por otra mujer ya olvidada; y muy cerca, la silla baja, de fumar, que él tomará para sí, cogiéndola como al descuido, procurando tener la presa al alcance de la mano.

Pero en la escalera no suena el ligero taconeó, ni el roce de la falda. — «¿Qué es esto?» — Torna precipitadamente al balcón, y la ve en la acera opuesta, parada ante un escaparate, como si con disimulo se contemplara en su cristal: en realidad, lo que hace es mirar con miedo á derecha é izquierda: hasta se nota la respiración alterada que levanta y deprime su hermosísimo pecho. De pronto, se vuelve y avanza en dirección al portal. Se detiene para dejar paso á un hombre que va cargado, y, en seguida, de repente, obedeciendo á un impulso inesperado, con un movimiento nervioso, se vuelve de espaldas y echa á andar muy de prisa, calle arriba. Pero aún queda esperanza: acorta el paso, sigue despacio, parece que duda, vacilando entre la cita ofrecida y la virtud jurada... Por fin, acelera la marcha resueltamente, se aleja, y allá, en lo alto de la calle, se pierde confundida en un grupo de gente, mientras él, rabioso, humillado, mordido el amor propio por el despecho, murmura entre dientes:

— ¡Cobarde! ¡Bribona!

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

Y... va de cuento.

Con motivo de una gran festividad religiosa, en la iglesia de Espinosa predicaba fray Damián; y atento el concurso oía todo, con unción cristiana, menos una pobre anciana setentona, que dormía.

De su plática en el curso, tras un párrafo elocuente, pierde el padre de repente el hilo de su discurso, y con voz descomunal, exclama alzando las manos: «¡El que ahora no me oiga, her-

[manos,

está en pecado mortal!»

Con gestos y contorsiones sigue en mímica el sermón; alármase la reunión, se oyen mil exclamaciones, y aquel auditorio loco, aterrorizado y frío, empieza á gritar: «¡Dios mío, yo no oigo!—Ni yo tampoco!»

En su recurso no ceja fray Damián, los fieles lloran, se desesperan, imploran... Despierta el ruido á la vieja, y sin entender el coro que á Dios pide con afán, cual si oyera á fray Damián, dice: ¡Qué piquito de oro!

JAVIER DE BURGOS.



HASTIO

VENTURAS que mi deseo codició con frenesí, ahora que llegáis á mí, ¡con cuánto desdén os veo! La dicha que no poseo, es por la que más me afano; así, el corazón humano palpita siempre afanoso, porque sólo juzga hermoso aquello que ve lejano.

Si hay tras la vida mortal otra existencia ignorada (que por ser imaginada la creemos celestial): Gran Dios, tan dulce ideal alivio á mi hastío sea; permite que yo lo crea, ya que es feliz quien lo cree; haz porque yo lo desee... á cambio de que lo vea.

R. TORROMÉ.

NUBES Y ESPUMAS

El cielo tiene nubes, espumas tiene el mar, y á veces sopla el mismo airado vendaval en las regiones altas, que del agua en el haz.

Pero ¡capricho extraño! ¡Contraste singular! Mientras arriba limpia la esfera de cristal, abajo encrespa el turbio oleaje más y más.

Así humanas pasiones soplando por igual, ya del cielo despejan la azul inmensidad, ya de la vida agitan el piélago tenaz con olas espumantes que no cesan jamás. ¿Es acaso que forja el ronco vendaval con jirones de nubes las espumas del mar?

J. ECHEGARAY

DON DINERO

(POEMA MICROSCÓPICO)

I

III

El pobre Juan se moría de un empacho de pobreza, disfrazando su tristeza con remedos de alegría, por no hospedar en su hogar á la enfermiza amargura ni envenenar la ventura de la que llevó al altar. A solas con su tormento y á solas con su quebranto, era especialista en llanto y doctor en sufrimiento; y tanto aprendió á sufrir las rudezas de la suerte, que pidió á la triste muerte la alegría de morir.

Juan fué rico, poderoso, un honrado caballero, *contante*, por su dinero, *sonante*, por lo dichoso. Y siempre dichoso fuera, si, cual siempre ha sucedido, no se le hubiera ocurrido al dueño de la cartera poner en *El Imparcial* un anuncio que decía lo que leyó al otro día Juan, por contraste fatal. Tal desencanto sufrió el honrado majadero, que al devolver el dinero como un tonto se murió.

IV

Cumplió como un hombre [honrado,

Pasando por la Carrera, en su pobreza pensando, sin saber cómo ni cuándo Juan encontró una cartera. La guardó sin alegría, sin afán de conservarla... Sí: la guardó... por guardarla, y sin saber lo que hacía. Nervioso y calenturiento entró en su casa el cuitado... como aquél que no ha ganado el cotidiano alimento. Siempre á solas con su mal, ¡á solas!... ¡Qué ajeno estaba que en el bolsillo llevaba un inmenso capital!

probo, justo, noble y bueno, no disfrutando lo ajeno en la Carrera encontrado; dejando que en paz muriera (paz con hambre y sin ventura) á la amante criatura que tan en necio quisiera. Su rara virtud me explico: hay seres de tal candor, que aseguran que es mejor ser honrado que ser rico. Aquel capital crecido tan noblemente entregado, en el juego fué ganado y el juego fué perdido.

J. NAVARRO REZA.

Gazapos.



Ha llegado á mis manos, sin duda por error de puntería, *Un muerto resucitado*.

Es decir: no ha llegado el muerto, afortunadamente, y lo celebro, porque ni yo sé levantarlos, ni podría resucitarle.

El muerto á quien aludo es un difunto en verso, ó un cadáver poético, y Dios se lo perdone al autor de la defunción rimada.

«Historia original,» según la denomina y clasifica el mencionado autor del crimen en verso.

Es, á lo que parece y después de escrupulosa versión al castellano, un relato del famoso suceso acaecido en Plasencia, no ha mucho tiempo, para bien de las Musas, ya que otro resultado no tuviere.

Así, entre relato y sátira, no precisamente sátira, sino «algo más que sátira escasa,» como decía un periódico publicando la noticia referente á la herida de un hombre por un prójimo: «Poco más de tres pulgadas y media, escasas.»

«Prestadme atención, oyentes, prestadme toda atención, que las cosas que os refiero grandes maravillas son...»

Como habrán sospechado ustedes, ya nos hemos metido en barbecho, ó sea en poema.

"En la ciudad de Plasencia,
provincia de Extremadura...,
(que tiene tantas... mil almas,
ayuntamiento y diez curas),
"... ocurren sucesos tales
que anonadan, despeluznan...,
(Cuidado, que no es lo mismo
ponerse el pelo de punta.)
"Los huesos se ponen blandos...,
(¡Vaya una temperatura!
Pero prepárense ustedes.)
"... las carnes tiemblan y sudan,
los pelos se tornan crespos,
los ánimos se conturban.
El más feroz se estremece;
el más tímido se abruma;
el osado se envilece;
el prudente no se turba.
(O ya no hay compositores
ó han de poner esto en música.)

¡Ta ra rí..., ta ra rí...!
Este es el toque del clarín para avisar á
ustedes la salida del poema ó de la «Histo-
ria original».

Es berrenda en redondillas, como verán
ustedes:

"Pero, en fin, caro lector,
vamos derechos al caso,
porque si sigo á este paso
no llego á la relación...

Este es un principio semejante al del
predicador de Calatorao, que empezaba un
sermón de San Roque, diciendo:

«Y, por último, hermanos míos, aquí me
tenéis; ahí tenéis á San Roque, ahí tenéis al
perro.»

Perdonen ustedes que me haya separado
del poema, privándoles de la satisfacción de
saborear ó de enjuagarse con algunas de las
bellezas literarias que contiene:

"De decirte es ocasión,
sin ambages ni rodeos,
sin vueltas ni devaneos
que originen dilación,
Que en don Eustaquio Barrado,
joven simpático y bello...,
(se despeluzna el cabello)
"... se eclipsó todo destello
de su razón; ¡desgraciado!
Que su locura fué tal
por sufrir crueles martirios,
que, en momentos de delirios,
quemado quiso acabar...

Aquí se le ha eclipsado el consonante al
autor de la Historia.

Pero ya se sobrentiende que habrá que-
rido decir «acabal» ó «á caballo», y no «aca-
bar».

Resulta de la «Historia original» que el
joven Barrado se quemó á «sigo mismo»,
voluntariamente.

"El cutis y hasta la carne
pegados á la camisa,
sin la menor cortapisa,
salían al desnudarlo...

Sin cortapisa, sin que una orden del al-
calde, por lo menos, salvara siquiera el cutis
del bello Barrado.

Que fué muy desgraciado
porque, aun después de muerto, ha tropezado
con un poeta así, tan desalmado.

Verán ustedes los antecedentes de la
cosa.

"El padre, pues, sucumbió
el año setenta y cuatro,
y por expreso mandato
el hijo al padre heredó...

Y es de suponer que luego pasara la he-
rencia al Espíritu Santo.

"Era muy pingüe la herencia,
de ¡dos millones cabales!...,
y el hijo sin dar señales
de salir de su demencia...

¡Cuidado que dos millones pueden devol-
ver el juicio á cualquiera!

O por lo menos, obligarle á salir de «su
demencia» particular, y á salir de casa... y
aun á salir de la provincia.

"En año tan memorable
para esta historia funesta,
es, sin duda, cosa cierta,
pues que somos inestables...

CONCURSO DE BELLEZA EN SPA



MARTA SOUCAYET.—Primer premio.
(De Guadalupe: colonia francesa.)



ANGELA DELROSA.—Segundo premio.
(Holandesa: de origen español.)



MARIA STEVENS.—Tercer premio.
(De Viena.)



OLGA NADIASKA.—Cuarto premio.
(De origen sueco.)

Vamos, que murió; y les perdono á uste-
des los versos en que lo explica el autor de
la historia inestable.

Pero aquí entra ó sale lo mejor:

"Después de uno ó dos años
de don Eustaquio haber muerto,
trasládese, por supuesto,
sin malicia ó con engaños,
á idéntico Manicomio...

Esto querrá decir á otro igual que el de
San Baudilio, donde pernoctó para la eter-
nidad D. Eustaquio.

"... una tal Concha Somera,
hija de modesta esfera
y de humilde matrimonio...

Un matrimonio «cuasi no celebrado»,
querrá decir el poeta.

Pues entre la Somera y otros del vulgo,
según se desprende del poema, inventaron
un D. Eustaquio nuevo.

"Esto fué en el mes de Agosto,
hace ya pronto dos años
que se empezó á susurrar
que estaba aquí: ¿Eustaquio Campo?...

—Allá, en Plasencia, «provincia de Ex-
tremadura».

"Y en casa de la Somera
hubo jubileo, mirando
las gentes á nuestro hombre...,
(Vedamos qué le miraron.)
"... las señales de los brazos.
¡Que se parece, que es él!...
y también tiene dos manos
y dos pies... (porque hay personas
que merecen tener cuatro).

"... y dos pies y una cabeza,
y habla como un asustado,
y tiene doce señales,
y el cogote colorado,
y no se acuerda de nada,
pero si ve alguno: ¡Vamos!
de los que fueron am'gos,
se mete dentro llorando...

(Y, con permiso de ustedes,
aquí termino el relato;
que después de introducirse
en un amigo, llorando,
por mucho que venga luego
todo me parece pálido.)

Con esto no canso á ustedes
hasta encontrar más gazapos;
y mándenme como gusten,
suyo

EDUARDO DE PALACIO

Pacotillas.

¡Ahora sí que va de veras, ahora!

Un sabio astrólogo profetiza que el año
1897 se va á convertir el mundo en una es-
pecie de garbanzo torrao.

Es decir, que va á ser tan intenso el calor
por la proximidad de un cometa al globo
terráqueo, que se extinguirá la vida animal
y vegetal en toda la superficie de la tierra.

¡Cielos, qué horror!

¿Y no habrá manera de evitar eso?

Yo, la verdad, no me intranquilizo del
todo.

¡Aún existe, por fortuna, la Sociedad
protectora de los animales y de las plantas!

En un juicio oral:

— ¿Qué ha oído el testigo decir á la opi-
nión pública respecto al crimen que se per-
sigue?

— ¿A la opinión pública? Pues... ¡pues se
me hace que esa no es del pueblo, porque
yo no la conozco!

Un chico de años noventa
se ha casado en Albacete
con una joven que cuenta
á lo sumo diecisiete.

Que tendrán, no hay que dudar,
sus frutos de bendición;
¡porque los pueden comprar
en el Bazar de la Unión!

JOSÉ ESTRANÍ





DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Almanaque cupídinesco para 1889, escrito por los mejores literatos, ilustrado con más de 100 grabados y cubierta al cromo en 12 colores. (Año IV.)—Una peseta.

Spollarium (cuadros sociales), por Joaquín Dicenta; ilustraciones de Cuchy.—Un tomo en 8.º y cubierta en colores, 3 pesetas.

Mártir ó Delincuente? poema por Francisco Salazar. Cubierta ilustrada de L. Pozo: una peseta.

Bonafoux (Luis).—*Yo y el plagiarlo Clarín*. Un tomo en 8.º con el retrato del autor, una peseta.

Aubert (Carlos).—*Las novelas amorosas*. Publicación de gran lujo con ilustraciones en negro y colores, aguas fuertes y cubierta al cromo en 14 tintas; Se han publicado cinco tomos, al precio de 2 pesetas.

Fernandez Shaw (Carlos).—*Tardes de Abril y Mayo*. Libro de amores. Edición de gran lujo, con más de 30 fotograbados directos de acuarelas originales de Cuchy Arnau, elegantísima cubierta en papel Japón, con grabados en colores.—Un tomo en 4.º, 3 pesetas.

Daudet (Alfonso).—*Tartarin en los Alpes*. Versión castellana de Eusebio Blasco. Edición de gran lujo con 154 grabados de Jiménez Aranda, Beaumont, Montenard, Myrbach y Rossi, prólogo del traductor y autógrafo de Daudet. Un tomo en 4.º, de 320 páginas y cubierta á la acuarela, 5 pesetas.—Encuadernado en tela, planchas de oro, 7 id.—Id. holandesa, corte rojo, llanas porcelana, 7 id.

NOTA. Los ejemplares encuadernados llevan también el ermo que sirve de cubierta á los de rústica.

Pepa B***.—*Gotas de coñac*.—Edición de gran lujo con 35 grabados en colores y elegante cubierta á dos tintas.—Un tomo en 4.º, 3 pesetas.

Gómez de Ampuero.—*¡Con verlo basta!* Novela festiva. Ilustraciones de Cuchy.—Un tomo en 4.º, con cubierta en cuatro colores, una peseta.

Chismes y cuentos.—Colección de chismes, cuentos y epigramas de varios autores. Un folleto en 8.º, con 100 grabados y una parodia de las *Humoradas de Campoamor*, una peseta.

Cuentos diáfanos.—Primera serie. *¡Solo para hombres!* Se han publicado los doce tomos ilustrados de que consta. Cada tomo, una peseta.

Idem.—Segunda serie. *¡Solo para señoras!* Se han publicado tres tomos ilustrados. Cada tomo, una peseta.

El espejo del alma.—Poema en tres cantos por J. de las Cuevas.—Ilustraciones de Cuchy. Cubierta holandesa con lomera y puntas sobre tapicería Smirna á tres tintas, una peseta.

Latigazos.—Poemas microscópicos, por J. Navarro Reza. Ilustraciones de Cilla, Cuchy y otros artistas. Cubierta emboitage á tres tintas con grabados y encajamiento de tapicería, una peseta.

Serrano de la Pedrosa (Francisco).—*La mujer, el marido y la vecina*. Novela festiva. Edición de gran lujo, con grabados en negro y colores y una lámina aparte. Un tomo en 8.º, con cubierta en colores, 2 pesetas.

Velarde (José).—*Toros y chimborazos*. Cartas en defensa de las corridas de toros, dirigidas á D. José Navarrete. Un tomo en 8.º, una peseta.

Estas obras se remiten francas de porte á todos los puntos de España.

Los pedidos, acompañados de su valor en sellos ó libranzas, á la Administración de este periódico.

